cine
mús

Justin Taylor

Yo te leí primero #4: El evangelio de...

justin taylor el evangelio de la anarquía alpha decay yo te leí primero adelanto

Cuando las voces doctas en materia literaria se ponen de acuerdo, es que la alarma suena, y la doctrina comienza a despuntar sus primeros clamores. Y en el caso de Justin Taylor, la alarma lleva sonando desde que su placenta se manchó en tinta: desde ese momento, el todavía joven escritor continúa despuntando como uno de los talentos perennes de la literatura contemporánea y uno de los candidatos a liderar un trono que cabalga entre el nihilismo lírico, el malditismo crónico y la visceralidad confesional. Alpha Decay publicaba hace menos de un año Aquí todo es mejor, un conjunto de relatos de costumbres actuales, de romanticismos violados, de realidades iluminadas. En esta ocasión, y meses después de aquel heroico descubrimiento por parte de la editorial barcelonesa, vuelven a meter mano en los escritos del norteamericano para publicar El evangelio de la anarquía, su primera novela y un auténtico grito que somete a un periplo de collejas y descreimientos cuestiones como la fe religiosa, la política, el deseo y el fanatismo.

Desde aquí ya somos ovejas del credo que implora Justin Taylor, y por eso nos adelantamos algunas semanas y, antes de que Alpha Decay publique el próximo 8 de abril este Evangelio de la anarquía, nosotros os adelantamos en exclusiva algunas páginas que compondrán esta primera maravilla narrativa larga del escritor residente en Brooklyn.

Nuestra casa se convirtió en un faro, incluso cuando las otras casas de la manzana quedaron vacías, a oscuras. Los de Consolidated Properties iban avanzando como los tiburones inmobiliarios que eran, pero nuestro hombre, Stuckins, aguantó el tipo y nuestra zona independiente quedó a salvo, y nosotros, a salvo en ella; de hecho, florecíamos como una orquídea del desierto mientras calle arriba y calle abajo se cerraban acuerdos de compra, y aquello empezó a parecerse tanto a un pueblo fantasma que podrían haber pasado rodando pelotas de matojos.

Ya no quedaba nadie para quejarse del ruido, y nos regocijamos del omnímodo poder del Señor.
Se corrió la voz, circularon rumores sobre qué predicábamos y quiénes éramos. La gente quería vernos y conocernos. Nos buscaban. Nuestra posada del viajero estaba ahora llena, y la antigua habitación de Thomas, que se había convertido en otra, también. Éramos una especie de hostal, pero eso fue sólo el principio. Había una docena de personas viviendo en Fishgut —¡un número prometedor, el doce!— y muchísimas más que pasaban de visita. No era extraño ver, a cualquier hora, a varios punks en contemplativo silencio o arrastrando las palabras mientras profesaban su ruidosa devoción cerca del altar de Parker. Se celebraban ceremonias todas las noches de domingo, seguidas de sesiones de plegado y grapado. Los ejemplares de *El Buen Fanzine* se disponían en montones, se deslizaban en dispensadores de periódicos, se metían en las mochilas de nuestros visitantes cuando se iban. Se llevaban tantos como pudiésemos imprimir, tantos como les cupiesen. Para que los distribuyeran por donde fuera, en cualquier sitio y cuando fuera. Nuestro fanzine era como un diente de león, con sus esporas a merced del viento. Nuestra devoción se vio recompensada mil veces. La gente nos traía o nos hacía llegar toda clase de cosas que nunca pedíamos: dinero, regalos, lo que tuvieran. Siempre teníamos más de lo que necesitábamos y dábamos todo lo que podíamos a nuestros feligreses, a los vagabundos del lugar, a universitarios curiosos que pasaban por ahí. Éramos un destello de luz distante en una llanura cada vez más oscura. Éramos un culto misterioso, sensible a la necesidad de la búsqueda eterna, de la perfección perpetua y de la violenta y transfiguradora Gracia de nuestro Dios sin ley.

Íbamos ganando conversos. Como aquel portero de Clasen's. Shrike, se llamaba; un veterano de la escena que hacía tatuajes. Gracias a él podíamos entrar gratis a los conciertos, y las noches de domingo que no trabajaba se traía los bártulos, y durante los trances que seguían a nuestras celebraciones se ofrecía, cobrando solamente lo que le costaba la tinta, a hacerle la Marca de Parker a todo aquel que se considerase preparado. El trabajo en sí lo regalaba por amor. Tomé un buen trago de algo incoloro que me abrasó la garganta, le pasé la botella a alguien y me puse en la cola. Shrike se sentaba en un taburete que había traído. Yo me senté en la silla preferida de Katy.

Soy un libro, recuerdo haber pensado con los dientes apretados cuando la aguja me hacía arder la carne, y Dios, dame

galería de fotos

por qué

Porque somos fans del nuevo erario literario de una c
las, susceptiblemente, grandes figuras de la nueva
narrativa contemporánea. Por eso estrenamos retazo
su primera novela.

fuerzas cuando, con los ojos cerrados, trataba de no hacer muecas de dolor. *Soy un libro y ésta es mi dedicatoria. Ahora estoy consagrado para siempre*.

Evitábamos a los evangelistas llenos de odio que acechaban en la plaza Turlington, un gran espacio de encuentro al aire libre en el campus, todos a gritos sobre el fuego del infierno, la castidad y los maricones, y no hacían sino ofrecer un espectáculo brutal del aborto en que habían convertido el amor de Dios. Se plantaban a la sombra de una gran escultura abstracta de color marrón grisáceo que todo el mundo llamaba la Patata. Estaba rodeada por bancos de madera y en teoría no podías encaramarte a ella, pero algunos lo hacíamos mientras los demás se congregaban delante, y le tendíamos una trampa al predicador en cuestión, fuera quien fuese ese día, fuera cual fuese su confesión, pues iban cambiando. Un bautista sudando en su traje barato, una adventista china con una túnica de manga larga hasta el tobillo, un testigo de Jehová muy trajeado y cargado de panfletos no muy distintos en realidad de los nuestros. Por lo visto, llevar una indumentaria poco apropiada para el clima era un elemento fundamental de todos sus programas. Desde donde estuviésemos, ya fuera encima o rodeándolos por todas partes, nuestras voces ahogaban sus sermones con el nuestro: el evangelio de la anarquía en una estridente erupción de festivo barullo. Y ahí estábamos, una legión de fervientes chiflados con camisetas rotas y *shorts* manchados de pintura, más ruidosos y más interesantes que lo que fuera que interrumpiésemos, fuente de envidia y fastidio constantes para el mundo de la camisa de fuerza y los ojos tristes.

Por las noches, en la piscina en la azotea del hotel que había enfrente del campus, nos tirábamos de bomba o buceábamos hasta el fondo con el pecho a punto de estallar, pensando *El cuerpo es el escenario de toda experiencia en este mundo*, y emergíamos de nuevo contra el cuerpo de otro, *Ahora nos vemos cara a cara*, tendiendo una mano hacia el resbaladizo cuello de una botella, *El gozo es una forma de oración mejor que la oración misma*, y jugábamos a ver quién era el más valiente o corríamos por donde no debíamos hacerlo, radiantes destellos de pálida carne a la luz de la luna; porque resulta que no siempre estábamos serios, y sabíamos divertirnos como los niños, como debería hacerlo todo el mundo, como se supone que han de hacerlo los humanos, pues para eso nos crearon: con una inocencia exultante y marrana; con el placer más absoluto; sin pegar golpe. Éramos los críos más grandotes y peludos que se han visto nunca.

Nos desplegábamos por la ciudad —en parejas o en solitario o en pandillas espontáneas— para abrir contenedores y las puertas de atrás de las tiendas cuando no había alarma. Ya casi ni distinguíamos entre productos y basura; sólo importaba qué necesitáramos, quisiéramos o pudiésemos pillar. Si algo estaba disponible, nuestra opinión sobre su valor dejaba de ser una consideración relevante, o, para expresarlo mejor: la disponibilidad en sí constituía un extraño imán que, cual Midas, le confería valor a todo cuanto tocaba.

Cuando los robos, gorroneos y donaciones daban tantos frutos que no sabíamos qué hacer con ellos —¡cuatro tostadoras, diez lámparas!—, celebrábamos «ventas» en el jardín, grandes mercadillos en los que, en realidad, todo era gratis. Grapábamos folletos en los postes y llenábamos de trastos el jardín delantero. Señoras ancianas y menudas en busca de chollos volvían platos recuperados de la basura en busca de una etiqueta con el precio, en vano. «Lléveselo —decíamos—. Todo suyo.» Con un poco de regateo habrían quedado encantadas, pero ¿gratis? Se limitaban a apretar los labios con sombría suspicacia, las manos aferrando el monedero, y nos repasaban de arriba abajo. «Me lo pensaré», decían, y se alejaban; miradas cautelosas sobre hombros encorvados. ¿Qué más nos daba? Habíamos hecho cuanto estaba en nuestra mano. Destrozábamos alegremente cualquier cosa de la que no consiguiéramos librarnos, y utilizábamos los relucientes restos —fragmentos de madera y esquirlas de cristal—, perfectos para el bricolaje, ¡para esculturas conceptuales! De todo lo que quisiéramos o pudiéramos soñar. Y con esto no quiero decir que los actos generativos de destrucción previos no los considerásemos expresiones artísticas en sí mismas.

Sólo había unas pocas cosas que no pudiéramos robar o rebuscar en la basura: licores, drogas ilegales, la pasta para el alquiler y fotocopias. En la copistería Bullseye de la calle Trece te fiaban, pero la cuenta de lo que debías la llevabas tú mismo, de modo que a la hora de pagar podías reducirla a la mitad, o incluso a una cuarta parte, y el cajero no iba a discutir; no le pagaban lo suficiente como para que el asunto le importara. Sólo en esos contados detalles seguíamos contribuyendo al imperio americano y a su sangrante economía; en eso y en los modestos costes asociados a la casa en sí, la electricidad por ejemplo, pero estábamos tratando de trucar el contador de la luz. Hasta el momento nada había servido, pero eso no significaba que no fuéramos a lograrlo.

Teníamos un fondo común al que todo el mundo contribuía en la medida de sus posibilidades. Los métodos para conseguir dinero eran tres, básicamente: robar cosas en una tienda para entonces devolverlas en otra tienda de la misma cadena; tocar en las calles para sacarse unas monedas (era el más arriesgado y el menos eficaz, pues no hay nadie más agarrado que un estudiante universitario); y «donando» sangre a cambio de pasta.

Rezábamos antes de enviar un giro postal para pagar el alquiler y otras facturas, y también para animar a quien le tocara ir esa semana a Tu Sangre Salva Vidas — así se llamaba el centro de extracciones—: *Señor y Parker, lamentamos cometer el pecado de participar en el sistema*. Eran oraciones de disculpa, pero ojo, no estábamos pidiendo perdón. Hacerlo habría supuesto una locura, claro está; por las enseñanzas de *El Buen Fanzine* sabíamos que nuestras almas no estaban en deuda con Dios; le hacíamos entrega de nuestra devoción libremente, como Él nos hacía entrega de Su amor. No le debíamos nada.

Alan Queipo
22.03.13

Me gusta Enviar Sé el primero de tus amigos al que le gusta esto.
Twittear 0 Consiglia 0
Añade un comentario...
Publicar como Claudia Cucchiarato (Cambiar) Comentar
Publicar en Facebook
Plug-in social de Facebook

¿lo has leído?